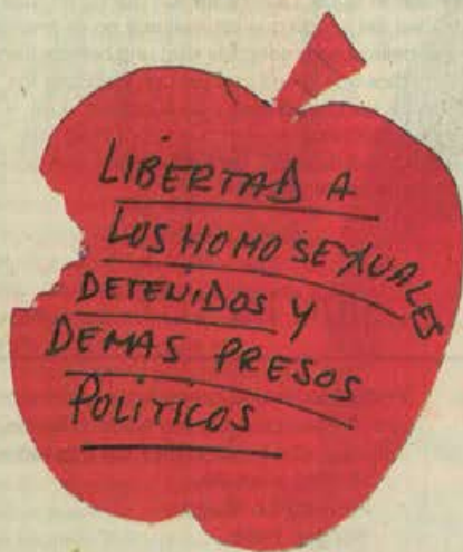
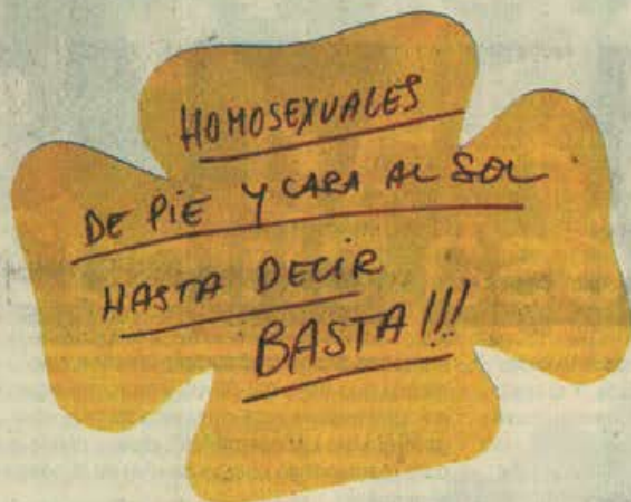
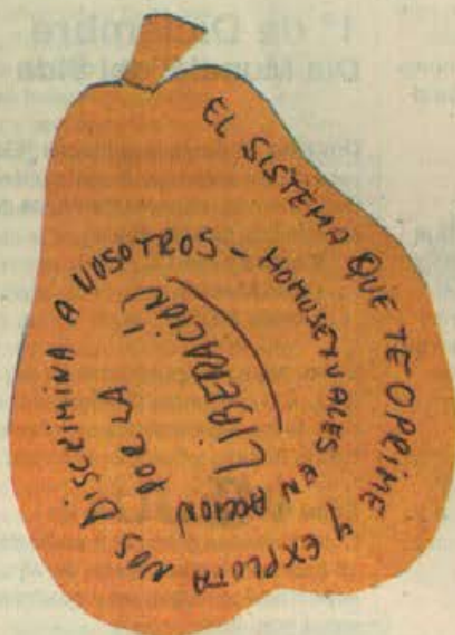




AL FRENTE

Pionero de la disidencia sexual, el mítico Frente de Liberación Homosexual (FLH) acaba de recibir un homenaje y reconocimiento del Estado



Los amoraless, a la Plaza

El activismo nació ayer. El Frente de Liberación Homosexual, pieza clave en la historia de las luchas de la disidencia. Las Madres de Plaza de Mayo marcharon el jueves pasado acompañadas por las históricas banderas que en los años setenta avergonzaban a la plaza.

texto
Alejandro Modarelli
foto
Sebastián Freire

"Mirá, Sarita, nos pusieron. Pero, como siempre, a lo último." La queja de Néstor Perlongher, el genio quilombero, a su compañera feminista Sara Torres (cuyo estatuto civil pasaría a ser desde 1992, en los registros del activismo gitlbi argentino y en el mundo literario, el de "viuda de Perlongher") se repetía en los años '70 cada vez que los miembros del Frente de Liberación Homosexual (FLH) enviaban su adhesión a una causa o su pésame por la muerte de un militante de la izquierda revolucionaria a manos de la Triple A. "Es que con ese nombre tan categorico nunca quedaban dudas, no les dábamos oportunidad de disimularnos entre las adhesiones", se ría hoy Héctor Anabitarte, venido de Madrid a Buenos Aires para recibir junto con otros de sus antiguos compañeros un homenaje (¿a la vez un perdón del Estado?) organizado por la Subsecretaría de Promoción de los Derechos Humanos. Y es cierto: el inquietante nombre de la agrupación revelaba la incómoda epopeya de una identidad que precisa de un gesto semántico de orgullo para dejar de ser fantasmas. Es que en esos años '70 nadie quería rozarse con ese grupo de activistas del deseo revolucionario en las manifestaciones callejeras (se trataba de una cuestión higiénica), ni siquiera compartir un listado, porque hasta el nombre o las siglas eran contaminantes. Si llegaba la revolución del pueblo al puerto de los sueños, debía ser sobre los jinetes de una supuesta moral intachable, y enténdase: a los homosexua-

les se nos reconocía de inmediato por un apelativo medio nietzscheano y del todo abyecto que amarilleaba las páginas de los diarios y los discursitos monótonos de los fachos; se nos llamaba "los amoraless". Además, eso de la liberación sexual sonaba para buena parte de la dirigencia de las orgas una aspiración clitoridiana de niñas hippies porteñas emancipadas de la sobremesa familiar. La monogamia era un imperativo de la lucha revolucionaria, que impugnaba los cruces de alcoba, quizá para evitar distracciones de su goce único y legítimo, el de la utopía. Y en lo que respecta a las maricas o a las lesbianas (las travestis eran todavía una categoría indiscernible de la inversión masculina, putos a los que se les había ido la mano), la única emancipación comprensible consistía en curarnos. A los enfermos la revolución los rehabilita (la represión policial estaba ya muy mal vista), no los libera sexualmente. A ver si después de todo, liberando al homosexual en un viva la papa, también esos machos terminaban por liberar de sí mismos las zonas bajas del cuerpo cada vez que, ay, se les incendiaba en contacto con un compañero demasiado bonito. Muchachos, dirán algunos seguidores del francés Hocquenghem en los '60: socialicen el culo, si no, la revolución anticapitalista nunca será completa. Aquel día de 1973, cuando asumía Héctor Cámpora (y unos meses después en Ezeiza) los miembros más vanguardistas del FLH —por llamar así a quienes buscaron casamiento con el peronismo de izquierda y a despecho de célebres compañeros intelectuales como Juan José Sebreli o

Bias Matamoro, que veían en esa muchachada progre enamorada de un militar poco menos que sucedáneos de falangistas, o émulos de la juventud hitleriana sin saberlo— desplegaron un cartel bien casero en la Plaza de Mayo que recreaba una frase de la marcha peronista: "Para que reine en el Pueblo el Amor y la Igualdad". Ahora, claro, había que ganarse al pueblo, y no hablo de los chongos obnubilados por el contoneo de caderas y las metamorfosis floridas de las locas. Ni hablar, claro, del Estado nacional. Que eso sobrevino varias décadas más tarde hay que reconocerlo, querido Sebreli, nobleza obliga, de la mano de un gobierno que se reclama en parte heredero de los militantes de los años '70, homófobos como casi todos entonces (eran los tiempos en que Jean-Paul Sartre se enojaba con Fidel Castro por sus políticas científicamente represivas contra las locas y llamaba a los homosexuales de la isla "los judíos de Cuba") y que impulsó como nadie antes leyes que son de avanzada en el mundo, la de identidad de género y el matrimonio igualitario.

Pañuelos y maracas, la Plaza nos abraza

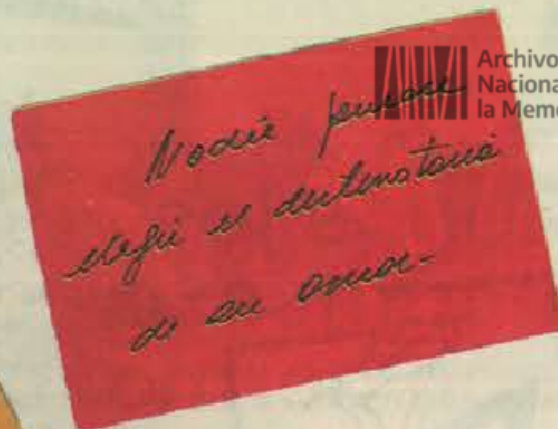
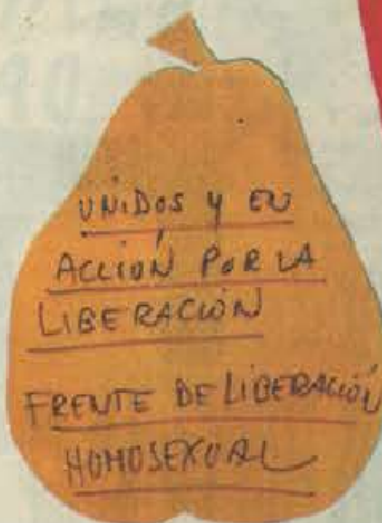
Sobre el concierto de pasos y consignas que, semana tras semana, rearmen la ronda originaria de las Madres de Plaza de Mayo, este jueves 21 de noviembre quedó para la pequeña gran historia el giro (que no el yiro, que para eso están otros espacios) de las locas del FLH —esas otras locas nacidas por partenogénesis en años '70— y qué se pueden también catalogar de venerables. Jorge Giacosa, Héctor Anabitarte y

Sergio Pérez Álvarez gastaron sus suelas de antiguos humillados alrededor de la Pirámide, y qué mejor compañía que ésta para las Madres. Muchas de ellas dijeron reconocerse hoy en el viejo dolor de los homosexuales, objeto de injuria y castigo por parte de los dueños de la opinión pública. Yo mismo recuerdo haber escuchado, siendo una marica adolescente cero ambiente, cero conciencia, a unos bigotudos con cara de Falcon verde gritarles a esas mujeres "locas de mierda" en la boca del subte de Catedral, mientras ellas ritualizaban su pedido de justicia por la desaparición de sus hijos con la consigna "Vivos los queremos". Del registro machorro al registro maraca; la Plaza del 21-N da para todo. Medio caótica, como corresponde, en la ronda se entrecrocaban la bandera del arco iris y el cartel de las Madres. Entre las pancartas de las organizaciones gitlbi sobresalen la de 100% Diversidad y la de CHA, y una réplica emocionante del original que portaban las locas del FLH cuando asumió Cámpora y también durante el recibimiento de Perón en Ezeiza, donde la Operación Masacre se robó todas las consignas revolucionarias. Anabitarte asegura que nunca estuvo convencido de ir al recibimiento, pero como ex comunista y ex sindicalista de Correo que era se disciplinó y acompañó la decisión de la mayoría. Sebreli, ni hablar: abrirle los brazos a Perón era como rebajarse a hacer el saludo al Duce. A medida que avanzaba la línea Eros de Perlongher dentro del FLH, Sebreli se dedicó a otra cosa menos irritante que el activismo homosexual de izquierda. Y ni qué decir hoy, en sus tertulias

mediáticas con Mariano Grondona. En el homenaje de estos días nadie lo mencionó. Cuenta Jorge Giacosa que él, apenas un pibe que daba sus primeros pasos en la identidad y sus prácticas, no soportó en Ezeiza la presión de las miradas de los manifestantes —producto a veces de la sorpresa— y se disculpó más tarde ante su madrina Néstor Perlongher por haberse ido antes de tiempo, dejando un vacío en torno al cartel del FLH (suerte para él, porque evitó el silbido de las balas y el aullar de las corridas). Y claro, Néstor lo perdonó, aunque, conociendo el paño del juez, a mí se me hace que su belleza pesó a la hora de eximirlo de culpa y cargo. Que Néstor, la Rosa Luxemburgo del FLH, era implacable, pero los ojos celestes de ese pendejo Giacosa merecían un amnistio. Al día siguiente de la ronda conjunta en Plaza de Mayo, la Subsecretaría de Promoción de los Derechos Humanos planificó una continuación del agasajo al FLH en La Manzana de las Luces, y se sumaron ahí otros ex militantes, Néstor Latrónico y Sara Torres. Giacosa motivó el lagrimeo de muchas de nosotras, locas de ayer y de hoy, cuando recordó que él en los años '70 había sido un chico que, por su diferencia, pensó en el suicidio y que el encuentro con sus pares ofició como salvación. Héctor Anabitarte no hizo mención a ningún deseo de muerte por mano propia, pero sí a la angustia de haber tenido que dejar todo, territorio y familia, de un día para el otro. Debió entonces treparse a un barco de nombre italiano camino del exilio español junto con su pareja Ricardo Lorenzo, y no volvieron más. Héctor venía de varias mili-

tancias de izquierda y ya sabemos que para la dictadura esa suma de responsabilidades, cuando no de heroísmos, era un catálogo de aberraciones cuyo destino natural era ser echado al Río de la Plata. O algo por el estilo. La mirada de este cronista (que compartió mesa de intervenciones junto con Marta Dillon, Eduardo Jozami y Daniel Jones) se fugó en esos momentos hacia las caras de muchos de esos jóvenes gay, lesbianas o trans que en la platea del homenaje se reconocían en lo que podría decirse el peronismo combativo de ahora, de Putos Peronistas a La Cámpora Diversa, y para los cuales las fantasías de suicidio de Giacosa debe sonarles a un drama por la identidad que conmueve, pero que está escrito en máquina Remington. Se abren los cajones políticos de esa época y también los de la post-dictadura, y así se desarchivan también las emociones. César Cigliutti recordó que la pelea por la derogación de los edictos policiales, contra las razas, y a favor de la noción de libre sexualidad como derecho humano pasó del FLH a la CHA, en contextos históricos bien distintos, pero siempre bajo el amparo de dos siglas donde la identidad no se difumina. Poder empatizar con el universo de experiencias tan lejanas fue para mí el resultado que mejor se consiguió en esas jornadas de reconocimiento a los miembros del FLH. Porque sin nexo afectivo resulta impensable para los activistas de ahora ser honestos con los precursores. Ni para el conjunto de la comunidad gitlbi tomar conciencia de que sin la lucha en común de los años '70, retomada en parte





Archivo Nacional de la Memoria

ILUSTRACIÓN DE TAPA: LOS HISTÓRICOS VOLANTES DEL FLH. SOY EN ESTE NÚMERO CAMBIA SU NOMBRE EN HOMENAJE A SOMOS, LA PUBLICACIÓN PIONERA DEL ACTIVISMO HOMOSEXUAL.

en los '80, nuestra experiencia individual hubiera estado todavía hoy medio asfixiada entre las paredes de un armario. Hay por eso razones éticas y razones pragmáticas para admirarlos.

Nadie olvida nada

"La militancia para mí es como una pulsión, por no decir un vicio", se ríe Héctor Anabitarte, cuando salimos de La Manzana de las Luces. A fin de cuentas, el consorcio de los humillados tiene tantas plantas que uno puede ir de una a otra y encontrar que siempre hay un espejo donde todos se ven parecidos. "La misma obsesión que tuve por los derechos de los homosexuales y por el combate contra el sida en España, la tengo ahora cuando en la Fundación Hombro contra Hombro reparto alimentos para los expulsados del sistema económico, y trabajo en la integración de los inmigrantes." Setenta años, mi querido Héctor, y una manía tan vieja como la de la militancia es esa que le ocupa todos los anaqueles de su casa: conservar toda clase de papeles, incluso a los que uno jamás daría trascendencia; anotar en libretas infinitas impresiones tras impresiones que le va dejando el mundo, como si tuviera la misión — más allá de sus propias fuerzas — de no permitir el olvido. "Un cuidador de un cementerio de Buenos Aires me dijo una vez: Mire usted, el olvido no viene nunca." Y esa frase precede su último libro, que se llama *Nadie olvida nada*.

En la cena posterior al homenaje se dedicó junto con Sergio Pérez Álvarez —que prepara una crónica sobre el FLH; en época de matrimonio igualitario e identidad de género hay que volver como nunca antes al origen de la lucha— a repasar los nombres de los que quedan, de los que saben que ya no están, o creen que por la prepotencia

de la biología (muchos de los ex compañeros ya eran mayores en los setenta) ya no debieran estar. "Uno suele escuchar que otro mundo es posible. Ahora, hay que ver si ese mundo posible es mejor que este": Héctor mira una Europa cuyos dioses fundantes se fueron, pero parieron antes el monstruo del mercado financiero, la burbuja, el desempleo y otras furias. No obstante, ve con alegría que en lo que al universo glbtqi concierne — y sobre todo rescata el avance de derechos en la Argentina — quienes aún no fueron expulsados del contrato social (si la ley de identidad de género logra efectos transversales, y beneficia más allá de la clase, el matrimonio igualitario en este sentido supongo importará menos a los desposeídos) sienten que consiguieron por fin carta de ciudadanía, y que pueden respirar después de una temporada obligada bajo tierra.

Mea culpa

Hace unos días lei un áspero intercambio de opiniones en las redes sociales entre un pibe de poco más de veinte años y un activista de casi cincuenta, Gustavo Pecoraro. El chico comparaba a dos de los líderes gays más conocidos, Néstor Perlongher (FLH) y Carlos Jáuregui (CHA), sólo para exaltar la militancia de los años '70 en desmedro de la de los '80. En el medio renunciaba al análisis de los contextos, sólo para poner la energía revulsiva transformadora del lado del FLH (ni siquiera tuvo temor de afirmar que Perlongher era para él el Firmenich de los putos) y la agenda de reivindicación de derechos civiles —qué aburrido— del lado de la CHA post-dictadura. "Carlos Jáuregui nunca pisó el barro", escribió en su post, y uno se pregunta entonces cuál sería su concepto de barro, porque, hijito, Jáuregui se

la pasaba (claro que casi siempre un poco demasiado ebrio, pero era su sello) peleando contra la policía, irrumpiendo en las comisarias junto con abogados para obligar a liberar travestis y maricas. Se puede ser anacrónico, si se trata de rescatar historias y no de provocar antagonismos a la violeta. El FLH surgió poco después del Cordobazo y heredaba en mucho ese espíritu revolucionario. La CHA abrevaba en cambio en la revuelta de Stonewall, se daba cuenta de que, solas como estuvimos siempre las locas, había que organizarse como colectivo sobre aspiraciones jurídicas propias, como la inclusión de la orientación sexual en la Ley Antidiscriminatoria, aunque sin perder de vista la transversalidad de algunos combates, como el de los edictos policiales. Se entiende el gusto de los chicos por decapitar glorias a medida que ellos se van asomando al gran mundo. En esa tarea andaba el niñato que se afanaba en denostar a Carlos Jáuregui, hay que admitir que con argumentos disparatados. Es que siempre, aunque a veces de un modo penoso, las cabezas de los reyes y las reinas están disponibles para el sacrificio. En el homenaje al FLH en La Manzana de las Luces, un activista también muy joven, sobre el escenario, pidió perdón a los homenajeados por el sufrimiento que debieron pasar en tiempos de oscuridad. Ese discurso, sin dejar de ser emocionante y honesto, dejaba por un instante al Estado en una fuera de campo. Decapitada por un instante, la soberanía del Estado pasaba esa noche del día 22 de noviembre a manos de un chico sin duda encantador, que hacía —pobre— un mea culpa por crímenes que nunca había cometido. El asunto fue muy comentado por al menos uno de los destinatarios del arrepentimiento. Comentado con buena leche, y con asombro. ●

Todos los homosexuales son hermosos

Abraza a tu muchacho sin dejar el fusil: la experiencia de la revista *Somos*, uno de los legados del FLH.

Entre fines de 1973 y enero de 1976, el Frente publicó de manera clandestina un total de ocho números de una revista a la que llamó *Somos*. Distribuida de mano en mano en tirajes de aproximadamente quinientos ejemplares, fue la primera publicación en América latina que reivindicaba la homosexualidad como categoría revolucionaria contra la opresión de la burguesía y afirmaba sin ambages que todos los homosexuales son hermosos. Cuenta la leyenda que todo comenzó el 1° de noviembre de 1968 en un conventillo de un suburbio de Buenos Aires. Allí se reunieron un grupo de trabajadores y de jóvenes homosexuales de sectores populares liderados por un dirigente sindical y ex militante comunista, Héctor Anabitarte, y formaron Nuestro Mundo, grupo pionero en la Argentina en reivindicar la liberación homosexual. En agosto de 1971, Nuestro Mundo abrió sus puertas a intelectuales tales como Juan José Sebreli, Manuel Puig, Blas Matamoro, Néstor Perlongher y Juan José Hernández, entre otros, que, inspirados en el Gay Power americano y en otras organizaciones de liberación homosexual que surgían en aquellos años en diversos países, decidieron constituir el Frente de Liberación Homosexual de la Argentina. Adoptaron como emblema el triángulo rosa invertido con el que se distinguía a los homosexuales en los campos de concentración nazis y, al calor de las luchas y los sueños revolucionarios de los años '60, emprendieron la tarea de concientizar a la sociedad por el camino de la liberación sexual y la revolución social. Es con este fin que elaboraron primero el documento "Sexo y revolución", y que hacia fines de 1973 comienza a publicar la revista *Somos*. Son años de radicalización política y de luchas por los derechos de las minorías sexuales que habían germinado y estallado hacia fines de la década anterior. Así encontramos en la revista *Somos* ciertas ideas y tópicos recurrentes que forman parte, sin duda, del aire de su tiempo: la idea de que la liberación social debe ir necesariamente de la mano de la liberación sexual y de que no es posible la una sin la otra (ya lo decían las paredes de París: "Cuanto más hago la revolución, más ganas tengo de hacer el amor. Cuanto más hago el amor, más ganas tengo de hacer la revolución"); la idea de que el deseo sexual y la homosexualidad constituyen categorías subversivas que se oponen a instituciones burguesas; y la idea de que la liberación de los sentidos es un medio de escapar al trabajo alienado y a la explotación laboral.

Una nueva ciencia sexualis

La revista *Somos* incluía, a grandes rasgos: informes periodísticos;



Jorge Giacosa, Héctor Anabitarte y Sergio Pérez Álvarez.

relatos y artículos de denuncia respecto de la represión y de la cruda realidad que sufrían los homosexuales en las calles y en las comisarias; ensayos con pretensión científica que reivindicaban la homosexualidad como un fenómeno natural, transhistórico y revolucionario; escaso espacio para textos de activistas lesbianas; manifiestos y slogans que expresaban el repudio ante las razias y los edictos policiales; y poesías que celebraban el deseo y los amores de gays y lesbianas.

Se encuentran en sus páginas numerosas notas referidas a homosexuales asesinados o detenidos por la policía, así como historias de suicidios, maltratos y traiciones en contextos nacionales e internacionales. Para citar sólo un ejemplo: en el N° 2 de enero de 1974 se denuncia una ola de violaciones y de masacre de homosexuales en Chile, a la vez que se repudia el golpe militar de Pinochet: "En el jardín del fascismo, no cabe ninguna duda, crece sólo la flor de la muerte, del terror. Los homosexuales somos subversivos, sí: amamos la vida, desarrollamos la imaginación, detestamos el autoritarismo, creemos en la solidaridad humana, deseamos un sistema fundado en la libertad, pues es el único que nos respetaría, rechazamos el 'orden' porque es sinónimo de opresión. El pinochetismo es un mar de gusanos ciegos en perfecto orden".

Manifiestos tales como "Libertad a los homosexuales presos y a todos los detenidos por causas políticas e ideológicas", "Derogación de edictos policiales antihomosexuales y de toda legislación represiva", eran firmados por la el FLH a continuación de un slogan que se constituiría en clásico para el grupo: "Por la unidad de los oprimidos. Amar y vivir libremente en un país liberado". Asimismo se denunciaba la censura a ciertas obras artísticas tales como *The Buenos Aires Affair*, de Manuel Puig, o *La boca de la ballena*, de Héctor Díaz Lastra.

No exenta de humor, la revista publicó también en su N° 2 un test de inmoralidad que incluía ítems tales como "¿Se ha masturbado alguna vez después de los dos años?" o "¿Conoce el significado de las siguientes palabras: yirar, besos negros, sesenta y nueve, chongo?", como pruebas contundentes para saber de qué lado de la moralidad se está. Y consejos con ribetes tragicómicos para épocas difíciles tales como instrucciones para actuar en caso de ser detenido en la calle o ante alguna de las frecuentes razias en los lugares de encuentro, e incluso cómo actuar ante la tenebrosa prueba médica para comprobar la existencia o no de dilatación anal ("Debe evitar agacharse espontáneamente durante la prueba, pues en eso consiste, para la absurda medicina forense, la presunción"). ●